



Mabel Moraña:

Literatura, subjetiv

El tratamiento y estudio de lo cultural en América Latina tiene una larga emancipatorias. La Ponencia fue leída en el Primer Encuentro Internac

¿Por qué escribo?

Escribí un mamut rojo
en el oscuro rincón de la caverna
su perfil crecía con las lenguas de la lumbre.
las sombras lo erguían y abatían
mientras su sangre refrescaba
mi lanza cazadora:
¡ahora soy más fuerte,
tengo el alma de mamut!

La linfa humana
recoge los brillos del cuarzo sideral
amasando en las paredes
mundos planos, lunas huecas
soles de oro,
que hacen las pasiones
habitantes de los sueños
con ideas vestidas de color:
olores de manzana
que atraen dioses de la
noche ordenando nuevos mundos
escritos con mi lengua,
que labra en pellejos
pedras o papiros
mi pisada exacta,
mi mundo exacto
mi universo propio
que destruyo para ti
espejo de mi vida.

La Madre y el "Tío Sam"

(La Patria reclama los restos de
Marcelo Quiroga Santa Cruz)

Viejo perverso
con vástagos obesos
de dinero sucio
y corazón deforme
¡devuelve los huesos de mi hijo!

Huesos fecundos
que ocultaste
en las noches de martirio
donde apagaste sus ojos
pero su luz persiste.

Huesos de sol,
savía vital
que disipa
el turbión de la historia.

Huesos valerosos,
te acusan
del festín sangriento
con tus manos asesinas

Huesos de profeta,
escriben con su sangre
tu lúgubre epitafio
cuando te sepultan, con tus torres caídas.

Gonzalo Montero Lara, Cochabamba.
Escritor, médico y comunicador social.

En los debates que siguieron a la diseminación de los estudios culturales en el ámbito anglosajón, y a la extensión de éstos al campo del latinoamericanismo internacional, el tema de la subjetividad ha estado presente, aunque con frecuencia camuflado bajo reclamos de distinta índole.

En muchos casos, esos reclamos se presentaron bajo la forma de interrogantes acerca del lugar que los estudios literarios mantendrían dentro de la nueva distribución de saberes. La articulación literatura/subjetividad, mediada por el dispositivo ambiguo y desfasado del valor estético, se enfrentó desventajosamente a los nuevos modelos de interpretación cultural y a los debates acerca del impacto de las distintas prácticas simbólicas en formaciones sociales singulares, pero cada vez más determinadas por la presión de mercados globalizados en los que la teoría circula como un bien de consumo de élites intelectuales transnacionalizadas.

La innegable descentralización de la literatura con respecto al conjunto de discursos y prácticas que pasaron a ocupar el primer plano de la textualidad cultural, fue interpretada en general como el desplazamiento de aquella forma familiar y especializada de exploración epistemológica—la crítica y la teoría literaria—ligadas fuertemente a la distribución disciplinaria neopositivista y a la jerarquización de prácticas culturales que comenzó a hacer crisis, sobre todo, a partir de los años ochenta.

Entendida como espacio privilegiado de expresión de la individualidad burguesa y como conjunto de estrategia de formalización identitaria, sobre todo para los sectores dominantes de productores y receptores culturales, la literatura pareció llevar consigo en su supuesta caída cuestiones inherentes a la formación y (auto)representación de sujetos colectivos, así como problemas vinculados a la articulación entre individualidad y colectividad, entre particularismo y universalismo, entendidos como polos de la dinámica social.

Los ataques radicales al discurso letrado contribuyeron a fortalecer la falsa oposición entre las diversas formas de conocimiento pertenecientes a distintos estratos y sistemas culturales, y a sugerir la solidez y homogeneidad del discurso hegemónico, que la matriz letrada contribuiría a perpetuar. Identificada con las ideas de individualismo, interioridad, espacio privado y hedonismo burgués, la noción de subjetividad —y, junto a ella, la pregunta por el destino de los estudios literarios— mantuvo una porfía y poco productiva vigencia. Algunos concluyeron que se trataba de un resabio —un residuo— belletrista (¿ariclista?) que los embates de la izquierda de los setenta no habrían logrado desvanecer, y que pasada la turbulencia revolucionaria, la subjetividad y los estudios literarios volvían por sus fueros. Intentando asegurarse un espacio en el ambiguo panorama ideológico del culturalismo posmoderno que negocia adecuadamente —hay que reconocerlo— tanto con el mercado neoliberal como con la institucionalidad académica.

Algunos embates particulares, como el de Beatriz Sarlo, por ejemplo, no dieron resultado positivo, quizá porque la pregunta inicial ("¿qué vuelve a un discurso socialmente significativo?") no encontró en su propio artículo respuesta convincente, y el reclamo final (no dejar a la burguesía conservadora el placer y monopolio de lo estético), al no partir de un análisis afinado de los procesos que anteceden a la actual compartimentación del conocimiento, transmitía un revanchismo sectorial de poco peso en la actual situación política y

